

¡¡¡UN ADELANTO MAS!!

NUEVAS MAQUINAS PARA COSER LANZADERA OSCILANTE

PARA FAMILIAS E INDUSTRIALES

Hasta ahora es la mejor maquina que se ofrece

¡¡AL PUBLICO!!

VENTAJAS DE ELLA.

SU MECANISMO, es sumamente sencillo y menos complicado.

SU AGUJA, es mas corta y facil colocarla.

SU PUNTADA, es mas ajustada que por minuto da 1300.

SU TENSION, mas perfecta.

FACILIDAD EN LA COMPRA, ESTUDIO Y TRABAJO

Se adquieren por

10 REALES SEMANALES

Con garantía ilimitada, enseñanza y reclamaciones gratis á domicilio de los compradores únicamente en

LA COMPANIA FABRIL SINGER

Escolta 9--Manila.

Iloilo--Calle Real.

M. Pickwick recibió el manuscrito y se separó del simpático anciano con mil frases de cariño y amistad.

Era empresa difícil separarse de los habitantes de Manoir-ferme, los cuales habían dispensado á nuestros viajeros todas las atenciones y delicadezas imaginables. Mr. Pickwick abrazó á las dos jóvenes "ladies," íbamos á decir "como si fueran sus propias hijas;" pero la comparación no sería perfectamente exacta, porque lo hizo con algun más calor.

Se dispidió de la anciana, madre del dueño de la casa, con filial ternura, y golpeando patriarcalmente las mejillas de los criados de ambos sexos, deslizó en sus manos algunas pruebas sustanciales de su munificencia. Luego se cambiaron las protestas más cordiales de amistad entre Mr. Winkle, Mr. Pickwick, mister Trundle y el anfitrión.

Snodgrass había desaparecido, y solamente despues de repetidas llamadas, se le vió aparecer por un corredor oscuro.

Miss Emilia entró al poco tiempo, y sus ojos, de ordinario tan alegres y brillantes, parecían tristes y abatidos. Por fin los tres "clubmen" lograron separarse de los brazos de sus amigos, y se alejaron lentamente de la granjía, volviendo la cara á cada segundo. Hay indicios para sospechar que Mr. Snodgrass lanzó infinitos besos al aire, al ver una cosa blanca que se agitaba continuamente en una de las ventanas de la casa: esto dicen que era un pafuelo de mujer.

En Muggleton nuestros viajeros tomaron el coche de Rochester, y cuando llegaron á este último lugar, el dolor que les produjo la separación,

se había calmado lo suficiente para permitirles hacer una buena comida. Poco tiempo despues, habiendo tomado los informes necesarios, se dirigieron hácia Cobeham.

Era una hermosa tarde del mes de Junio. El camino, que serpenteaba á la sombra de un bosque, estaba poetizado por el canto de los pájaros, y refrescado por el soplo del viento; la yerba y el musgo adornaban los árboles; el suelo estaba cubierto por una alfombra de césped, más fino y delicado que un tapiz de seda. Al salir del bosque, nuestros viajeros se encontraron en un parque abierto, en medio del cual se alzaba un antiguo castillo, cuya construcción pertenecía al pintoresco y singular estilo del siglo XVII. Grandes panoramas se descubrían por todas partes, á través de las encinas y los gigantescos olmos que ornaban el camino, verdaderos ejércitos de gamos pacían la fresca yerba, y de cuando en cuando, un animal asustado atravesaba el sendero, con más velocidad que una nube de verano.

—Si todos los atacados de la enfermedad de nuestro amigo se retiraran aquí—dijo mister Pickwick mirando á su alrededor—creo que se verían curados con muy poco trabajo.

—Soy de la misma opinion—dijo mister Winkle.

—Y realmente—añadió Mr. Pickwick, cuando despues de media hora de marcha llegaron á la aldea;—realmente, aunque escogido por un misántropo, este lugar me parece el más hermoso y encantador de la tierra.

Mr. Winkle y Mr. Snodgrass se asociaron sin restriccion alguna á la opinion de su maestro.

—¡Aquí hay una inscripcion!—exclamó mister Pickwick.

—Es posible—dijo M. Tupman.

—Puedo distinguir—continuó Mr. Pickwick frotando la piedra con toda su fuerza y mirando con avidez á través de los cristales de sus anteojos—puedo distinguir una cruz, una cruz y una B, y despues una T. ¡Esto es muy importante!—prosiguió Mr. Pickwick levantándose.—Es una inscripcion muy antigua, que estará aquí enterrada hace mucho tiempo. Es preciso no perder este tesoro.

Despues de hablar así, Mr. Pickwick llamó á la puerta de una cabaña allí cercana. Un labrador abrió.

—Amigo mio—le preguntó el filósofo con tono cariñoso—¿sabe Vd. cómo ha venido aquí esta piedra?

—No sé nada—contestó el hombre cortesmente.—Está ahí desde antes que yo naciera y que todos los del pueblo.

Mr. Pickwick miró á su compañero con aire de triunfo.

—Usted... Vd. creo que no tendrá inconveniente en venderla—prosiguió temblando de ansiedad.

—¡Ninguno! ¿Pero quién querría comprarla?—contestó el hombre con una expresion de rostro sencillísima.

—Yo le daré á Vd. media guinea en el acto—contestó Mr. Pickwick—si quiere usted sacarla de ahí.

Cuando la piedrecilla fué desenterrada, mediante algunos golpes de azadon, Mr. Pickwick la alzó con sus propias manos con gran trabajo y gran satisfaccion. La llevó á la cho-

¿Quién podría contemplar, sin sentir satisfacción, el radiante rostro de Mr. Pickwick?

Y sin embargo, una nube parecía oscurecer la frente de sus discípulos. Tenían un aire misterioso, tan alarmante como extraordinario. El gran hombre se apercebíó, pero no pudo adivinar la causa.

Despues de estrechar las manos de los jóvenes, y de pronunciar algunas calurosas expresiones de bienvenida, Mr. Pickwick les dijo:—¿Cómo está Tupman?

Mr. Winkle, á quien directamente fué dirigida esta pregunta, no contestó. Bajó la cabeza y pareció absorberse en tristes reflexiones.

—Snodgrass—replicó Mr. Pickwick con viveza—¿cómo está nuestro amigo? ¿Está malo?

—¡No!—contestó Mr. Snodgrass; y una lágrima se desprendió de sus sentimentales párpados, rodando por sus pálidas mejillas.

—¿No? ¿no está malo?

Mr. Pickwick, contempló alternativamente á sus dos amigos.

—¡Winkle! ¡Snodgrass!—les dijo cuando terminó su contemplacion.—¿Qué significa esto? ¿Dónde está nuestro amigo? ¿Que le ha sucedido? ¡Vamos, hablen Vds., se lo suplico, se lo mando!

Había en las palabras y en el acento de mister Pickwick una dignidad, una solemnidad, á la cual era imposible sustraerse. Así es que Snodgrass contestó:

—Nos ha abandonado.

—¡Abandonado!—exclamó Mr. Pickwick.

—Abandonado—repitió Snodgrass.

—¿A dónde ha ido?—preguntó Pickwick.

26

Señor le había regalado. Era una buena idea. Si el manuscrito no le gustaba, conseguiría dormirse. Nuestro filósofo lo sacó del bolsillo de su leviton, aproximó una mecha á su cama, avivó las luces y se puso las gafas para leer. La letra era estraña, el papel malo y estrepeado. El título del manuscrito hizo estremecer de satisfaccion todos los miembros de mister Pickwick y no pudo librarse de mirar á su alrededor. Sin embargo, reflexionando en lo absurdo de dejarse dominar por semejantes ideas, avivó de nuevo la luz y leyó lo que sigue:

Manuscrito de un loco.

Sí, de un loco. ¡Cómo estas palabras, desde hace algunos años, me dan frío en el corazón! ¡Cómo consiguen hacer hervir la sangre en mis venas, hasta hacerme sudar grandes gotas de frío sudor, hasta hacer que mis rodillas choquen de espantol! ¡Y sin embargo, me gusta ese nombre, es un nombre bonito! El monarca más poderoso, armado de cetro y corona, no produce el mirdo que la brillante mirada de un loco; el hacha y el martillo no producen el daño que la risa de un demente. ¡Oh, oh! ¡Es una gran cosa estar loco, ser mirado como un leon salvaje á través de los barrotes de la reja, rechinar los dientes y vociferar durante las largas y silenciosas noches, hasta fatigarse de tanto batallar, y dejarse caer en un monton de peja á capricho y arrastrando la pesada cadena! ¡Hurra por las casas de locos! ¡Son lugares deliciosos.

Me acuerdo del tiempo en que tenía miedo de volverse loco, en que me despertaba so-

bresaltado para caer de rodillas y pedir al cielo que me librara del castigo de toda mi raza; en que huía de la alegría y de la dicha para esconderme en un rincón solitario y consumir las pesadas horas en observar los progresos de la fiebre que debía consumir mi cerebro.

Yo sabía que la locura corría por mis venas con la sangre y estaba en la médula de mis huesos; que había pasado una generacion sin que se manifestara en mi familia y que yo era el primero en quien debía reaparecer. Sabía yo que esto debía ser así, que esto había sido siempre y siempre seguiría siendo del mismo modo; y cuando me apartaba al ángulo de un salon lleno de gente, cuando veía á los invitados hablar bajo y volver la cara á mí, sabía yo que trataban del predestinado loco. Entonces yo huía y me iba á la soledad á devorar mis tristes pensamientos.

Así estuve durante varios años largos y penosos. Las noches son aquí pesadas, muy pesadas; pero esto no es nada junto á las noches sin reposo y de espantosas visiones que me atormentaron en aquel tiempo. Siento frío al recordarlo. Grandes y sombrías figuras brotaban de todos los rincones de mi cuarto, y durante la noche sus burlescos rostros se posaban en mi almohada para perturbar mi sueño. Me decían en voz muy baja que el suelo de nuestra antigua casa estaba empapado con sangre de mi abuelo, vertida por sus propias manos en un acceso de furor. Me tapaba los oídos para no escucharlos, pero sus voces se elevaban como la tempestad, gritándome que la locura era innata en la familia y que el padre de mi bisabuelo había vivido durante mucho

No recuerdo sus facciones, pero sí que era muy bella. Y lo recuerdo, porque en esas noches en que la luna brilla de un modo extraordinario, en que yo me despierto sobresaltado, y en que todo goza de perfecta tranquilidad á mi alrededor, suelo ver en un rincón de mi celda una figura blanca y macilenta, inmóvil y silenciosa. Sus largos cabellos negros, esparcidos sobre sus espaldas, jamás los agita el viento. Sus ojos, cuya ardorosa mirada está siempre fija en mí, no parpadean ni se cierra jamás....

[Silencio] ¡La sangre se hiela en mi corazón! ¡Es ella!... ¡Su rostro está muy pálido y sus ojos vidriosos, pero no hay duda, es ella!... No se mueve, no frunce las cejas, no rechina los dientes, como los demás fantasmas que visitan mi celda; pero me espanta más que ninguno; es más temible que los espíritus que me atormentaban en otro tiempo; sale de la tumba y en su rostro está pintada la muerte.

Durante todo un año estuve observando como ¡perdían los colores sus frescas mejillas; durante todo un año la ví derramar lágrimas continuamente. No sabía la causa, pero al fin logré averiguarla. Quisieron ocultármela, pero conseguí saberla. Supe que mi mujer no me había amado nunca, lo cual no me atormentó mucho. Supe que despreciaba mis riquezas y le era indiferente el esplendor en que vivía, lo cual tampoco me causó gran impresion. Pero lo que no pude sufrir con paciencia, fué la noticia de que había amado á otro. Extraños sentimientos se apoderaron de mí, indefinidas ideas turbaron mi cerebro.

Sentía odio, no hacía ella, sino hacía el

za, y despues de lavarla con cuidado, la colocó sobre la mesa.

Los transportes de alegría de los "clubmen" fueron extraordinarios, al ver coronada su paciencia y asiduidad por la fortuna. La piedra era angulosa y le faltaban algunos pedazos, las letras estaban mal alineadas y eran poco regulares; pero, sin embargo, podía descifrase la siguiente inscripcion:



BIL
STUAM
FS.
SAMA
RK.

Las mejillas de Mr. Pickwick se colorearon de delicia cuando al sentarse junto á la mesa fijó los ojos en el objeto por él descubierto. Era la mayor satisfaccion que podia experimentar. En un condado conocido por sus muchos descubrimientos de antigüedades, en una aldea donde existían todavía algunos recuerdos del tiempo pasado, él, el presidente del Pickwick Club, había descubierto una extraña y curiosa inscripcion, de una antigüedad incontestable, y que había escapado por completo á las observaciones de todos los sábios que le habían precedido. No se atrevía á dar crédito á sus ojos.

—Esto,—dijo—esto me determina. Volveremos á la ciudad mañana.

—¡Mañana!—gritó su discípulo lleno de admiracion.

EL ARNÉS

FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES

DE
V. JIMENO

PROVEEDOR DEL REAL PALACIO DE MALACAÑANG

Recibimos mensualmente grandes surtidos en artículos, los cuales son de las principales fábricas de España, Inglaterra, Francia y Norte de América, en:

Guarniciones limonera y tronco á la española é inglesa, á la Dumont, Tander y Violin.
Monturas de señora en veludillo bordado, gamusa, pieles chanco y de cerdo.
Idem de caballeros; á la española, inglesa, rollos, royal, carreras, y con asiento de suspension con cojinete ventilado y movable, en pieles de chanco, ante y cerdo lejitimo.
Idem con todo el equipo reglamentario para los Sres. Jefes y oficiales del ejército.
Grande y variado surtido en cabezadas de montar, españolas é inglesas, bocados jerezanos, estribos baqueros, serrerías de montar y picadero, faroles carruaje, látigos de idem, montar, perreros y caza, cejaderos de cadena y cuero, falsos collares charol, sudaderos fieltro, collares, y bozales para perro, bocados de tiro y montar, estribos, petrales, martingalas, baticolas, acciones de estribo, cinchas, riendas estambre de montar y tiro en varios colores, cabezadas cuadra, bolsas para monturas propias para provincias, espuelas baqueras é inglesas, impermeables, corta pelos ó máquinas para esquila, cinturones, maletas y sacos de viaje, porta-mantas, sombrereras cuero, polaynas, cepillos, almohazas, escobas para coches é infinidad de artículos pertenecientes al ramo los que se detallan á precios sin competencia en plaza.
En los talleres de la casa se construyen toda clase de encargos, con prontitud y esmero bajo la direccion de persona competente.
Grandes surtidos en artículos del país con cueros adobados en el establecimiento.

CARRIEDO 10.

EXPOSICION BARCELONA---1888---GRAN MEDALLA DE ORO (UNICA)

RON BACARDI

En competencia de las 17 marcas que se presentaron Extranjeras.

Unicos y exclusivos receptores en Filipinas J. CODINA Y C.a, venden al por mayor á \$ 8-50 cajas (con 5 al 10 por 100 descuento, segun pedidos) al por menor y por cajas en los Almacenes "Los Dos Hermanos", "Villa de Burdeos", "Ciudad de Palencia", "La Castellana" (Escolta y San Fernando), "El Progreso" y demás de alguna importancia.

—Solamente hemos podido suponerlo después de la lectura de esta carta—replicó Mr. Snodgrass sacando un papel de su bolsillo y entregándoselo á su amigo.—Ayer mañana, después de recibir una carta de Mr. Wardle, en la que nos anunciaba que aquella noche llegarían ustedes, acompañados por la dama, observamos que la tristeza que envolvía el alma de nuestro amigo parecía hacerse mayor. ¡Poco tiempo después desapareció! Lo buscamos inútilmente todo el día; en las primeras horas de la noche el palafrenero de la "Corona" de Mungleton nos entregó esa carta.

Nuestro amigo la había dejado aquella mañana, con encargo expreso de que no la trajeran hasta la caída de la tarde.

Mr. Pickwick abrió la carta. Era letra de mister Tupman, y decía lo siguiente:

"Mi querido Pickwick: Usted que vive en una región del mundo superior á la de las debilidades humanas, ignora que golpe tan fatal se recibe cuando se es abandonado por una hermosísima, per una encantadora criatura y cuando se es la víctima de un monstruo que oculta sus vicios y maldades con la máscara de la amistad. ¡Abi ¡no desee Vd. saberlo nunca!

Las cartas se me dirigirán á "La botella de cuero," en Cobham-K-nt, de donde me las transmitirán, caso de que exista. Me alejo de una parte del mundo que me es odioso. Si dejo el mundo por completo, rece Vd. por mí, perdóneme Vd. La vida, mi querido amigo, se me ha hecho insoportable!

Cuando la luz que nos sirve de guía en nuestra peregrinacion por el mundo se apaga,

dar de un lado á otro, mientras que Mr. Pickwick combatía la resolución de Mr. Tupman. Será inútil repetir sus argumentos. ¿Qué lenguaje podría darles la energía que les comunicaba la acción del orador?

Fuera porque Mr. Tupman estuviera ya cansado de la soledad ó porque le fuera imposible resistir la arrebataadora elocuencia de Pickwick lo cierto es que no resistió más.

—Le importaba poco—dijo—el sitio en que agotará los miserables restos de su existencia; y puesto que su amigo daba tanta importancia á su humilde cooperación, consentía en tomar parte de nuevo en los trabajos.

Mr. Pickwick sonrió, dió un apretón de manos á su amigo, marchando luego los dos á reunirse con sus compañeros.

Este fué el momento en que Mr. Pickwick hizo el inmortal descubrimiento que llenó de orgullo á sus amigos, un descubrimiento que envidiarían los anticuarios del universo entero. Engolfados en su conversacion, se alejaron bastante de la aldea. Al volver sobre sus pasos, los ojos de Mr. Pickwick se fijaron en una piedra pequeña, rota y casi hundida en la tierra.

Mr. Pickwick se detuvo.
—¿Qué extraño es esto!—dijo.
—¿Qué es lo extraño?—preguntó Tupman mirando apresuradamente todos los objetos que le rodeaban menos el que debía mirar.

—¿Eh! ¿Qué le sucede á usted?
Esta última exclamacion de nuestro amigo, fué motivada por Mr. Pickwick, que en su entusiasmo por descubrir algo, se arrojó al suelo á la piedra y barrió el suelo con su pañuelo.

Poco después, habiendo preguntado por "la botella de cuero," nuestros viajeros fueron dirigidos á una posada de bastante buena apariencia, para posada de aldea; en ella preguntaron si vivía allí un caballero llamado Tupman.

—Tom—dijo el dueño—lleva estos caballeros á la sala.

Guiados por un fornido aldeano los tres amigos entraron en una habitacion larga y estrecha, cuyas paredes estaban adornadas con numerosos retratos antiguos é imagenes groseramente pintadas: sobre el suelo habia multitud de sillas de cuero de una forma fantástica.

A la estremidad de la sala se destacaba una mesa por la resplandeciente blancura del mantel que la cubria. Sobre este estaba colocado un pato asado, apetitoso jamon, cerveza fresca, y otros cuantos manjares. Allí estaba sentado Mr. Tupman, el cual no aparentaba la desesperacion que hacia ver su carta.

Al ver á sus amigos, soltó el cuchillo y el tenedor, y se adelantó hacia ellos, con aspecto doloroso.

—No esperaba verle aquí—dijo estrechando la mano de Mr. Pickwick—es usted un buen amigo.

—¡Ah!—dijo Mr. Pickwick, sentándose y enjugando el sudor que bañaba su frente—Acéba usted de comer y saldremos juntos. Quiero hablarle á solas.

Mr. Tupman obedeció esta orden, y mister Pickwick entretuvo el tiempo que necesitó aguardar á su amigo, refrescando copiosamente con cerveza. En menos de una hora se terminó la comida, y enseguida salieron juntos.

Durante treinta minutos pudo vérselos an-

la oscuridad hace que nos parezca insoportable el peso del fardo de la vida y nos expone á cada momento á tropezar y caer para no levantarse más. Dígame usted á Rachel.... ¡Ah! ese nombre.... Qué recordol....

"Tracy Tupman."

—Vamos á partir en el acto—dijo M. Pickwick guardando la carta.—De ningún modo podríamos quedarnos aquí decentemente después de lo que ha sucedido; pero ahora es un deber para nosotros ir á buscar á nuestro amigo.

Y pronunciando estas nobles palabras, mister Pickwick tomó el camino de la casa. Sus intenciones fueron comunicadas en el acto á M. Wardle.

Las súplicas para retenerlo fueron tan constantes como inútiles. Importantes negocios, contestaba, hacen indelible mi marcha.

El anciano sacerdote estaba presente.
—¿Verdaderamente está usted decidido á dejarnos?—dijo á M. Pickwick llamándolo aparte.

A su respuesta afirmativa añadió:

—Si es así, tome usted este manuscrito que pensaba tener la satisfacción de leerle yo mismo. Habiendo perdido á uno de mis amigos, que era médico de un hospital de locos, hallé estos entre otros muchos papeles de su pertenencia, que me encargó que quemara ó guardara, á mi capricho. Leílo usted, mi querido señor, y juzgue por sí mismo si realmente está escrito por un monomaniaco, ó lo que me parece más probable, que los desvarios de algunos de estos desgraciados han sido reunidos por otra persona.

—Mañana—repitió Mr. Pickwick—hay que llevar en el acto este tesoro á donde sea estudiado y apreciado convenientemente. Tengo otra razon para nuestra marcha. Dentro de algunos dias se verificará una eleccion en el distrito de Catansuill. Un "gentleman" que he encontrado últimamente, Mr. Perker, es el agente de uno de los candidatos. Contemplaremos, estudiaremos minuciosamente una escena tan interesante.

—Seguiremos á usted!—exclamaron á un mismo tiempo tres voces que parecían una sola.

Mr. Pickwick miró á su alrededor. El respeto, el fervor de sus discípulos encendieron en su pecho el fuego del entusiasmo. Era el dueño; sus ideas se aprobaban sin discusion.

—Celebremos—replicó—celebremos esta reunion afortunada con amistosas libaciones. Esta nueva proposicion fué igualmente acogida con unánimes y estrepitosos aplausos. Mister Pickwick depositó la importante piedra sobre un tronco, que tuvo la satisfaccion de proporcionarle el dueño de la casa; después se arrellenó en un sillón, consagrando la noche á la alegría y á la conversacion.

Ya habian dado las once en el reloj de la aldea de Cobham, cuando Mr. Pickwick se retiró al cuarto que le habian preparado.

Dejó la luz sobre la mesa y se puso á meditar sobre los numerosos sucesos de los dos dias precedentes.

La hora y el lugar eran favorables al éxtasis, y Mr. Pickwick fué sacado de él por el ruido de la campana de la iglesia, que marcaba lentamente la media noche. La pri-

Tenía dinero, y lo gastaba largamente. Vivía en una gran casa, y era muy galante. ¡Cómo aquellos tres hermanos tan orgullosos se humillaron ante mí! El anciano padre tambien, con su cabeza blanca. ¡Cuánta diferencia, cuánto respeto, cuánta amistad!

Verdaderamente me idolababan. El viejo tenía una hija; los jóvenes tenían una hermana; los cinco eran pobres, y yo era rico. Cuando me casé con la muchacha y dibujarse una sonrisa de triunfo en los labios de sus parientes. Habian meditado su plan, y les agradaba la buena presa que habian hecho. Contesté á sus sonrisas con una estrepitosa carcajada, echándome á rodar por el suelo, arrancándome los cabellos y lanzando gritos de alegría. Ya no dudaron que la habian casado con un loco.

Si lo hubieran sabido un momento antes, ¿la habrían salvado? ¿Habrían sacrificado la dicha de su hermana al oro de su marido? ¡No vale más el plumón del ave que la dorada cadena de la esclavitud!

Al pronto me engañaron, á pesar de toda mi malicia. Si yo no hubiera estado loco.... porque á nosotros los locos, aun siendo muy astutos, nos suelen engañar.... Si yo no hubiera estado loco, me habria apercibido de que á la joven le agradaría más que la conduxeran rígida y yerta al cementerio, que rica y noble á mi casa. Habria sabido que su corazon pertenecia por completo al hombre de los ojos negros, con quien soñaba todas las noches, y habria comprendido al mismo tiempo que al casarse conmigo, no habia hecho más que sacrificarse á su anciano padre y á sus orgullosos hermanos.

tiempo encadenado para impedir que se des- trozara á sí mismo.

Yo sabia que todo aquello era verdad; lo sabia perfectamente; lo habia descubierto muchos años antes, por más que se esforzaban en ocultármelo.

Por fin se apoderó de mí la locura y me admiró no habria tenido nunca. Podía andar por el mundo, y reir y charlar á mi antojo. Tenía la absoluta conviccion de mi locura, pero ellos no lo sospechaban.

¡Cómo gozaba, al verlos cuchichear y es- pantarse á la sola idea de que llegara á en- loquecer! ¡Cómo me reía al encontrarme solo, pensando en lo bien que guardaba mi secreto; pensando en el terror de mis buenos amigos, á la sola sospecha de la verdad! Cuando comía frente á frente con algun hermoso teno- rio, casi aullaba de delicia, al pensar cómo palideci y echaría á correr si hubiera sabido que su querido amigo, sentado tan cerca de él, y agitando un cuchillo afilado entre sus manos, era un loco con poder y casi con de- seos de atravesarle el corazon. ¡Oh! ¡qué vida más deliciosa!

Por esta época me nombraron heredero de inmensas riquezas; entonces mi satisfaccion fué inesplicable al ver lo bien que guardaba mi secreto. Heredé un castillo; la ley, que tiene ojos de linca, la ley lo decidió así; puso en manos de un loco una fortuna considerable y prodigiosa. ¿Dónde está el talento de los hom- bres sábios? ¿Dónde la perspicacia de los jue- ces, tan hábiles para descubrir la menor cosa? La malicia de un loco fué bastante para en- gañarlos.

mer campanada sonó á su oído de una ma- nera solemne y lúgubre á la vez; pero cuando cesó de tocar, el silencio le pareció insoportable. Creía haber perdido un compañero cariñoso. Su sistema nervioso se habia excitado, y comprendiéndolo así, se desnudó rápidamente puso la luz sobre la chimenea, y se acostó.

Todos mis lectores habrán experimentado esa melancólica sensacion de laxitud corporal que lucha inútilmente contra el insomnio; tal era la situacion de Mr. Pickwick en aquel momento. Se volvía á un lado, después al otro; cerraba los ojos con infinita perseverancia, como para comprometerse á dormir; pero todo era en vano. Fuera por la fatiga extraordinaria que habia sufrido aquellos dias, ó fuera por el calor, ó por el "grog," ó por el cambio de lecho, lo cierto es que el sueño no acudía á sus llamamientos. Su pensamiento recordaba con una obstinacion perjudicial, el aterrador espectáculo que habia presenciado en la sala baja, ó la antigua leyenda que le contó el sacerdote en la primer velada que pasaron juntos.

Después de agitarse inútilmente durante media hora, llegó á la triste conviccion de que no podría reconciliar el sueño. Se vistió de nuevo mirando como la peor de las situa- ciones la de estar acostado é imaginar toda suerte de horrores. Una vez vestido, se asomó á la ventana; la noche estaba excesivamente oscura; se puso á pasear por su cuarto, y lo encontró atrozmente solitario.

Dió algunos paseos más de la puerta á la ventana y de la ventana á la puerta antes de recordar el manuscrito que el viejo ministro del